1

JOHNNY THUNDERS
1989

—¿Cuándo empezáis?

—Ya.

—¿Cuándo es ya?

Buena pregunta.

Tabuwe es alto y guapo. Mitad hombre, mitad pantera. Ambas mitades negras y son ambas quienes vienen chutando una pelota contra los edificios que flanquean calles y avenidas. Lleva más de una hora haciéndolo. El balón rebota en los muros y regresa al centro de la calzada. En ocasiones, son los peatones quienes, divertidos, le devuelven la pelota. A medida que la luz del día ha ido menguando, los coches que se lo iban encontrando por la calzada le fueron metiendo claxon. A Tabuwe no parecía importarle. Nadie sabía de qué iba todo aquello. Ni el negro ni su túnica púrpura ni sus vaqueros verdes ni sus pies descalzos ni por supuesto aquella mueca de animal hijo de puta que asomaba dibujada en su cara. Pero Tabuwe sí sabe adónde va, qué quiere hacer y, algo más confusamente, cómo hacerlo.

Abre en dos el paseo de Pujades. Deja a un lado el Palacio de Justicia y los juzgados con sus coches de la Urbana. Tiene suerte: hay partido televisado y los vehículos de los urbanos no se moverán. Al otro lado, el parque de la Ciudadela, con su zoo, sus barcas, sus senderos de tierra. Enfila paseo Picasso. La bola es ahora

OAFI945_Yo fui Johnny Thunders.indd 19 16/12/13 16:57

rechazada por viejos edificios, arcos y ventanas ciegas que, en su tiempo, quisieron asemejar barcos y claraboyas.

En el Màgic, el concierto todavía no ha empezado. Cuarenta y cinco minutos de retraso. Mr. Frankie/Francis —bien parecido, delgado, ojos vivos remarcados por lápiz azul, dos aros de oro en una de las orejas, zapatos de piel, pantalón negro y camisa roja— se saca la minga. Sin manos: como los campeones. La meada le duele al principio. Francis recuerda esos lavabos. Aquí empezó en los primeros ochenta, colándose en festivales de rockabilly y escuchando *doo wop* en el lavabo donde, decían, se escondía el mejor eco de la ciudad. Por entonces, la vida era obvia y divertida. Tan honesta en sus mentiras, en su teatrillo, con sus ridículas levitas eduardianas, sus *brothel creepers* y sus polvos apresurados en cualquier sitio. Tatuajes cutres, tupés grasientos y caseros y dedos aprisionados entre las bandejas de vinilos de segunda mano en Edison's. Nen, Liz, Álex y Juanjo, Paula, Miquel y Lola. Todos aquellos amigos suyos, niños, novias, supervillanos desequilibrados, pendejos sin frenos que llegaron tarde al punk, al dinero y a la heroína pero que se subieron igual al tren de la bruja.

Mr. Frankie ha de gestionar bien su nostalgia. Le pone blando e inseguro. Además, joder, esa no es una noche cualquiera. Él es hoy el guitarra amigo de Aquiles, de Corleone, del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. ¿Cuántas veces soñó con tocar con los New York Dolls? ¿Eh? ¿Cuántas? Es cierto que esa noche solo lo hará con un drogadicto que se aúpa a cualquier escenario que le pueda pagar la próxima dosis. Pero ese tío es Thunders, hostia. Leyenda. Es él, por el amor de Dios. Por eso y solo por eso, bromea Francis consigo mismo, después de mear hoy se lavará las manos en señal de respeto.

Juanito Truenos.

Menudo desastre.

Caos, lío, rock'n'roll.

Divertida verborrea la de esta coca.

OAFI945_Yo fui Johnny Thunders.indd 20 16/12/13 16:57

Francis sale del lavabo en dirección al camerino con sonrisa de pase privado. Se abre camino entre la concurrencia. Un tipo con un tupé en forma de antena de telecomunicaciones y camiseta de los Meteors le coge del hombro haciéndole girar como la llave de una caja de música.

—¿Cuándo empezáis?

—Ya.

—¿Cuándo es ya?

El camerino queda frente al escenario insonorizado con el cartón de cajas de botellas de Jack Daniel's, Jim Beam y otros mejunges. En la sala anexa, un inmenso cartel con los Stones del *Beggars Banquet* señalan que el local un día estuvo de moda lo justo como para resistir las siguientes décadas. Mr. Frankie abre la puerta del camerino bruscamente. Unos minutos más tarde Coco, el bajista, cruzará en dirección contraria esa misma puerta para encaramarse al escenario y agarrar el micro:

—Hola, chicos. Esto está a punto. Johnny tiene ganas de ofreceros un concierto inolvidable pero necesitamos algo para poder empezar. ¿Hay alguna ATS en la sala?

El público estalla en carcajadas e insultos hacia Thunders, la figura de serie Z a la que Mr. Frankie y su banda —tocados por una serie increíble de envites afortunados—, Las Putas de Aviñón, acompaña en los bolos en Barcelona y Valencia. Una chica levanta la mano. Es enfermera del Clínico. El bajista le pide que le acompañe. En el fondo del camerino, la luminaria está derribada sobre una silla, farfullando algo que quizás podría ser inglés. La chica tiene la sensación de que el aire ha sido sustituido en aquel terrario por un compuesto de cigarrillos, alcohol y malas vibraciones.

—¿Qué le pasa...?

Mr. Frankie abre la camisa de Johnny. Le baja los pantalones. Todo él es una costra, un mapa en relieve del país Thunders. El terrario, al parecer, cuenta con su propio cocodrilo. Y allí está: piel endurecida, puro cuero de yonqui. Y ni él ni la gente a su al-

OAFI945_Yo fui Johnny Thunders.indd 21 16/12/13 16:57

rededor han encontrado un trozo de vena en el que inyectarle el *speedball* que ahora necesita para levantarse, menear la cola y arrastrar la barriga hasta el escenario. La enfermera les mira asustada. Ella creía que... bueno, se esperaba otra cosa.

—¿Nos vas a ayudar o no?

Fuera, los seguratas —uno alto, con cara de pan y el otro bajo, delgado y rapado— no permiten el acceso a Tabuwe. Lo cierto es que nadie tiene muy claro el motivo por el cual no le dejan pasar. El negro les dice que su hermana —en realidad, su prima— Ashanti está dentro. «¿Y qué?». Que pagará la entrada. «No es eso, tío, y lo sabes». Que... «Es igual: *the answer* es no». Quizás no le dejen entrar por esa excentricidad de la pelota. O porque es negro y ya se sabe que todos los negros huelen mal. O simplemente no lo quieren dejar entrar porque va descalzo. Esa podía ser una buena razón. Si se la explicaran, él podría entenderla. Pero no le dicen nada. Y las malas palabras pasan a ser malas maneras y éstas pasan de malas a peores, en el callejón, cerca del teatro Malic. Patadas, puñetazos, empujones, sangre roja sobre lienzo negro y un ojo que ya palpita.

Como vulgares matones de colegio los agresores se llevan, botando, la pelota del apaleado.

A Tabuwe la boca le sabe a metal.

El negro podía haber sacado la navaja pero ha sabido controlar la rabia: miró en todo momento la pelota y eso le hizo no perder la calma. Durante la paliza el balón se quedó en el suelo, a unos metros de ellos, triste por estar allí inmóvil, viendo qué le estaban haciendo a su amo. Tabuwe lo observaba, casi suplicando que echara a rodar y se escapara.

El negro se levanta apoyándose contra la pared. En cuanto puede, se aleja del lugar donde le han pegado. Pero no conseguirán hacerle cambiar de idea. Si no puede entrar esperará todo el tiempo que sea necesario a que Mr. Frankie aparezca, confiado y ajeno a su destino. La mala fortuna habrá querido que Ashanti

OAFI945_Yo fui Johnny Thunders.indd 22 16/12/13 16:57

esté con él al clavarle un cuchillo en las tripas. Cuando Tabuwe partió hacia Europa, su madre, entre otras cosas, le pidió que cuidara de Ashanti. Y ahora, ella está perdida. Dejó los estudios. No trabaja en nada. Se droga. Se tira a tíos blancos a cambio de un chute. Tíos que le harán hijos y la dejarán tirada. Que le pasarán el sida. Y todo por culpa de gente como Mr. Frankie. El negro fija todo aquel odio en él como si fuera el centro absoluto de su Armagedón. Por eso necesita distraerse con algo. Por eso necesita la pelota. Para que la ira no se apodere totalmente de él. Un chico y una chica han salido a fumarse un canuto bajo los porches. El negro va hacia ellos. La pareja le escucha y en cuanto apura las mechas vuelve a la sala. En tres minutos reaparece el chico con la pelota en las manos. Se la pasa a Tabuwe. Le llaman Mutante, Niño Mutante y el negro no puede saber que es él quien suministra la droga a Mr. Frankie y a Ashanti.

—Cuando acaban los grupos suelen dispersarse los seguratas. Eso sí, tienes que ir calzado. Pero si ya has tenido problemas con ellos, dentro duras medio minuto.

El negro agradece las gestiones. Le duele un costado y el ojo se le está hinchando. Hasta el final del concierto le queda una hora y media larga. Irá hasta el Maremàgnum, esa isla de restaurantes y tiendas que acaban de abrir sobre las aguas del puerto y en donde no hay horario comercial. Un colega suyo vende por allá sandalias de *estranquis*. Tiene la idea absurda que si va calzado, le dejarán entrar y ya dentro quizás pueda matarlo mejor, amparado en la confusión de la gente y la oscuridad del local.

Echa a andar hacia el Maremàgnum.

Mr. Frankie sube al escenario y enchufa su Gibson color crema. La boca le sabe amarga por gentileza de un par de buenas clenchas. Alguien en la sala ha hecho sonar a ¿Dean Martin? Coco espera con los brazos cruzados y la púa entre los dientes, como un pirata de cómic. Juan Antonio, el batería, se coloca como mejor puede detrás de bombos y platillos. Jorge, el uruguayo, se asegura

OAFI945_Yo fui Johnny Thunders.indd 23 16/12/13 16:57

la cinta de su también Gibson pero esta color caramelo. Johnny sigue sin aparecer. El elixir aún ha de hacer efecto. Un minuto. Dos. Largos como un mal polvo. Mr. Frankie mira a sus compañeros. Nota la electricidad en la punta de los dedos al acercarlos a las cuerdas. La caja de su guitarra le golpea la polla aún dolorida por los dientes casi de leche de Ashanti.

Duele y gusta, y Thunders sin salir y la droga golpeando contra su cabeza.

No todos los minutos se componen de sesenta segundos.

Estos al menos, no.

Oye, fin, se acabó.

—Empezamos sin él. Venga, vamos: *One, two, three...!*

El medio riff envenenado de «All by myself» es disparado contra aquel público de muertos vivientes. Mr. Frankie abre y cierra las piernas. Enarbola la Gibson como una ametralladora que dispara contra todo lo que se mueve mientras sus dedos trastean y la púa pellizca electricidad. Una gran intro tramposa a lo rock'n'roll animal que alargan una y otra y otra vez hasta que la puerta del camerino se abre y aparece aquel Jesucristo, guitarra en ristre acercándose al escenario. La banda sigue tocando. Mr. Frankie, como si llevase sobre los hombros los mismísimos Heartbreakers, decide ir más allá y canturrea las primeras estrofas en un idioma inventado, mitad inglés, mitad farlopa. Thunders viste una camisa negra a rayas blancas, abotonada hasta arriba, con apliques metálicos en las puntas del cuello, pantalones pitillo, zapatos italianos que fueron caros, que estuvieron limpios, que tuvieron una suela que no estaba agujereada. Felino viejo, a años luz, eso sí, de la piltrafa que estaba hace nada en el camerino, se encarama al escenario. Pone una mano sobre el hombro de Mr. Frankie y pide un cigarro a la primera fila. En nada tiene un Winston de cajetilla blanda, limpio pero algo achaparrado. Alguien de la sala le enchufa la guitarra. Sigue el riff, aún, eterno, casi paródico. Francis espera que, al menos, consiga entrar en la segunda rueda porque lo que

OAFI945_Yo fui Johnny Thunders.indd 24 16/12/13 16:57

es en la primera no. Thunders apenas acierta a colocar el cigarro entre las cuerdas de la guitarra, por encima de los trastes. Saca algo de su magia de la guitarra, aquel motor de avión metido en una lavadora. Llega el estribillo. Johnny se acerca al micro. Se equivoca. Está cantando «Born to lose». Se da cuenta, exhibe sonrisa al público y tratará de engarzar en la próxima rueda con «All by myself». Pero antes busca los ojos a Mr. Frankie. Ese cocodrilo de ojos tristes y amarillos que se ha comido a Johnny Thunders atrapa a Francis con la mirada. Es un niño encerrado en la casa de las golosinas, un animal atrapado tras barrotes hechos de canciones de tres minutos.

Tabuwe ha llegado al final de las Ramblas. Cruza el puente y busca a su colega. No le cuesta encontrarlo. Fuera de los locales, en el suelo, sobre una sábana tiene lo que busca, así como gafas de sol, pulseras, collares y un mono que, si le das cuerda, va y toca el tambor. Ya ha conseguido unas sandalias, pero es pronto para volver. El concierto, como poco, irá por su media hora. Decide ir a un local de salsa. Se beberá un ron. Él no acostumbra a beber. Pero el dolor fuera y dentro de su cuerpo le pide algo que lo amortigüe. Hoy le hacen más daño que nunca esas miradas que le dicen no, fuera, miedo. En la entrada, unas turistas inglesas se ríen de él. Una de ellas le quita la pelota y trata de dar unos toques en medio de la pista. La chica, sonrosada y rubia como una flor horrenda, se desprende de los zapatos, incómodos, llenos de brillante bisutería. Otra le pregunta su nombre. Tabuwe da la versión más accesible del mismo. Es de Ghana. «¿Es bonito Ghana?». «Claro que sí. ¿Por qué no iba a serlo?». «Vamos al Mojito, ¿te vienes?». «Tengo prisa». «Un rato al menos». «Ok». Ellas entran. Él no puede. Quizás no le dejan entrar por la pelota. O porque es negro y ya se sabe que todos los negros huelen mal. O simplemente porque va calzado. O porque el ojo ya se le ha hinchado. ¿Quién sabe? Tantas humillaciones se siguen combinando mal en Tabuwe. Pero estos seguratas —sudamericanos, percherones y con pocas ganas de

OAFI945_Yo fui Johnny Thunders.indd 25 16/12/13 16:57

mambo— al menos se lo toman a risa y tienen suficiente con lanzar la pelota al agua.

Tabuwe no sabe nadar.

Sin pelota todo resultará más difícil.

El concierto ha sido un desastre, corto y ruidoso. Thunders ha querido quedarse solo en el escenario para el bis acústico. «Hurt me». «As time goes by». Todo tuyo, cabrón, piensa Mr. Frankie. En el camerino busca a Ashanti. La chica parece triste. Ella dice que no, ¿por qué iba a estarlo? Pues, entonces, dejémoslo en no triste. En el vestuario, cerca de las duchas, Mr. Frankie se lleva a la chica para tirársela. El tejano ajustado de ella se baja. Ella no quiere o no quiere mucho o vete tú a saber qué. Él la toma de la barbilla:

—¿Qué te pasa, cariño?

—No lo sé.

—Uno rápido ¿vale?

Es rock'n'roll, nena. Y todo lo demás, nada. Mientras Mr. Frankie se la está metiendo dura y breve, mientras se corre entre sus piernas, Ashanti cierra los ojos y busca algo que le recuerde a su placer.

Tabuwe debe de haber acertado con la puerta por la que saldrán los músicos. Coco y Juan Antonio van primeros. Más rezagados, Jorge y Koska, la cantante de otra banda de la ciudad, Los Tropezones, llevan en volandas a Thunders. Anoche la chica quiso tirarse a Johnny. Hoy ni tan siquiera lo intentará. Detrás de ellos, Ashanti y Mr. Frankie. Es el momento decide la pantera mientras saca la navaja. Francis no la ve llegar pero Ashanti distingue un demonio enloquecido en el aire. Enseguida ve la cara de su primo viniendo hacia ellos, su máscara furiosa, el gesto como salido de dentro de un espejo. La chica, instintivamente, se coloca delante de Francis. Tabuwe, para no herirla, hace verter brazo y navaja como una jarra de agua. La chica le increpa en su dialecto familiar. Mr. Frankie se envalentona y da un paso adelante. Los del grupo de delante se giran. El uruguayo y Coco acuden. Koska sujeta a

OAFI945_Yo fui Johnny Thunders.indd 26 16/12/13 16:57

Thunders contra la pared, quien sonríe ante todo aquello. Luego, Johnny cierra los ojos, apoya la cabeza contra el muro y se desliza por su tobogán, lejos y suave.

Tabuwe se derrumba en el suelo. Ashanti recuerda a su primo fuerte y hermoso. Y ahora lo tiene allí, roto, sentado en la acera, llorando.

—¿Estás bien, bicho? —le pregunta cariñoso Francis.

No, no lo está pero qué más da.

¿Qué hace esta ciudad con la gente? piensa Ashanti.

Las noches en esta parte del mundo son torrentes desbocados de agua sucia y ella, se sincera, preferirá dejarse llevar y meterse heroína dentro de un rato con Mr. Frankie que quedarse en esa acera para hacer lo correcto: consolar a su primo, llorar con él, pensar cómo pueden regresar los dos a casa y olvidar que existe algo como Barcelona en el mundo.

OAFI945_Yo fui Johnny Thunders.indd 27 16/12/13 16:57